

## Sigmund Freud médico

Danilo Perestrello  
(Río de Janeiro)

***Grande humanista, na mais lata  
acepção da palavra, humano,  
humonismo, Sigmund Freud foi  
eminentemente médico. (1)***

Son pocos los grandes hombres que habiendo vivido mucho hayan tenido su vida tan bien estudiada como Sigmund Freud.

Los motivos son varios.

El principal está dado por la excelente biografía de la cual es autor E. Jones (2) Esta fue elaborada en condiciones poco comunes, ya que el autor había recibido de la familia de Freud un riquísimo material biográfico, tanto oral — pues “todos los miembros de la familia, incluso su extinta esposa, han proporcionado todas las informaciones”— como escrito: “más de dos mil quinientas cartas de familia, la mayor parte de ellas escritas por el mismo Freud, y entre las cuales se incluye una colección de veinticinco cartas, escritas entre 1876 y 1894 a Rosa, su hermana favorita”. Las más valiosas son “unas mil quinientas cartas de amor que forman la correspondencia entre Freud y su futura esposa, durante los cuatro años de noviazgo”, contándose también con “una Crónica Secreta escrita entre los dos en esa época”. Además, el autor

---

<sup>1</sup> D. Perestrello: **Freud e a Medicina**. J. Bras. Psiq. 13:4. 1964.

<sup>2</sup> E. Jones: **The Life and Work of Sigmund Freud**. Basic Books. Inc. Publishers, N. York, 3 vols., 1953, 1955. 1957. (Versión castellana: Editorial Nova, Buenos Aires. 1959-1962).

estaba provisto de “las laboriosas investigaciones que realizaron Siegfried Bernfeld y Suzanne Cassirer Bernfeld, con la ayuda de sus amigos vieneses, sobre la vida de Freud y su ambiente en sus primeros años”.(\*)

Sin embargo, la obra de Jones no se basa so-monta en informaciones y documentos privados. El autor y Freud fueron amigos personales durante treinta y un años, acompañando Jones a Freud hasta la muerte. Fue uno de los discípulos de las primeras horas participando y siendo uno de los principales protagonistas del movimiento psicoanalítico, circunstancias que lo colocaban en constante contacto con el maestro que tanto empeño demostró en dicho movimiento.

A esto se agrega el hecho de que la utilización de todo el material epistolar y la decisión de dar a luz una biografía, fue un tanto a disgusto de los familiares de Freud y del mismo Jones, ya que a Freud no le agradaba verse expuesta y su deseo era “no divulgar su vida íntima” más de lo que ya había hecho, “deseo que la familia siempre respeté”. Por lo tanto, no se trata de una obra preparada intencionalmente para divulgar al mundo otra vida más de un gran personaje de la ciencia, sino que su publicación se imponía, entre otras razones, para deshacer “serias deformaciones y atentados a la verdad” surgidos en “numerosas y falsas historias inventadas por gente que nunca había conocido a Freud, historias que iban integrándose en una leyenda mendaz”.

Otra condición poco común fue la conciencia que Jones tenía de la posibilidad —o el peligro de embarcarse por el camino del “culto a los héroes” y trazar un perfil de Freud “alejado de lo humano, ofreciendo de él una imagen idealizada”. Declaró de hecho que si así lo hiciese, estaría profanando su memoria y todo el respeto que siempre tuvo por Freud, porque atentaría contra el amor a la verdad y la “extraordinaria integridad personal de Freud, uno de los rasgos más destacados de su personalidad”.

Resultó, en consecuencia, una biografía con “propósitos más ambiciosos” como el de ‘hallar una correlación entre la personalidad de Freud y las experiencias de su vida por un lado, y por otro, el nacimiento y desarrollo de

---

\* De aquí en adelante lo que está entre comillas sin referencia especial, es extraído del estudio mencionado de E. Jones.

sus ideas". Biografía presentada en tres volúmenes, destinada principalmente a estudiosos del psicoanálisis, con capacidad crítica suficiente como para juzgar las opiniones o eventuales interpretaciones y no una biografía popular o encomiástica. Biografía dirigida a lectores ya conocedores de pasajes de la vida del biografiado, narradas por él mismo en varios trechos de su obra, como por ejemplo en la **Interpretación de los Sueños** <sup>(3)</sup> donde analiza varios sueños propios con fines científicos de investigación y demostración, llevando el análisis de algunos de ellos hasta casi sus últimas consecuencias. Biografía para psicoanalistas que irían a examinar a la luz de su instrumento específico —el método psicoanalítico— los datos ofrecidos. Y que un año después de la publicación del primer tomo, antes de aparecer los otros dos, irían a confrontar esos mismos datos con la correspondencia entre Freud y W. Fliess que en ese entonces surgiría luz <sup>(4)</sup> en un volumen con ciento y cuarenta y siete cartas de Freud entre 1887 y 1902, período importantísimo de su existencia.

Todo esto, más otras biografías serias y fidedignas, pero que cotejadas con la de Jones poco agregan al conocimiento de la personalidad de Freud, —como la de Martín Freud, su hijo, revelando la vida íntima del hogar <sup>(5)</sup> o la de L. Binswanger, evocativa y de lectura amena <sup>(6)</sup>, para no citar sino estas dos— permitieron que se tenga actualmente una imagen de Sigmund Freud bien aproximada de la realidad.

Restaría un último argumento: E. Jones fue un psicoanalista, y de los más lúcidos, circunstancia importante para confiar en la imparcialidad de su estudio, si no fuera por el hecho que todos sabemos, de que los analistas nunca terminan su análisis...

Es justamente sobre ese punto que quiero llamar la atención, porque no obstante todo el esfuerzo y rigor en trazar una imagen lo más real posible de la personalidad de Freud —disponiendo de una fuente de datos tan abundante— tal vez algunos de sus aspectos hayan permanecido intocados o

---

<sup>3</sup> S. Freud: **The Interpretation of Dreams**. Stand. Edit. vols. IV. y. The Hogarth Press, London, 1968. (trad. castellano López - Ballesteros, Edil. Americana, vols. VI, VII, Buenos Aires, 1943).

<sup>4</sup> **Sigmund Freud's Letter** (letters, drafts and notes Wilhelm Fliess). Basic Books, Inc. Publishers, N. York, 1954.

<sup>5</sup> **M. Freud: Sigmund Freud: Man and Father**. The Vanguard Press, N. York, 1958

<sup>6</sup> L. Binswanger: **Sigmund Freud: Reminiscences of a Friendship**. Grune and Stratton, N. York and London, 1957.

insuficientemente examinados. Es que para todo analista auténtico, Freud represente el prototipo del psicoanalista, el **protopsiicoanalista**, en toda la acepción de la palabra, en sentido de primero, tanto cronológicamente como en importancia, de **original, arquí, ejemplo, modelo**. Siendo así, funciona como recipiente de muchos residuos transferenciales que el analista no pudo eliminar durante la larga elaboración de su análisis interminable.

Poco tiempo atrás, Van der Leeuw (<sup>7</sup>) recordaba que siendo el psicoanálisis una especialidad nueva, es en gran parte, hasta hoy, la obra de un único hombre, y que desde su inicio, el propósito de las Sociedades psicoanalíticas ha sido preservar y desenvolver el trabajo de Freud. De la lectura de su trabajo se concluye que el destino de una sociedad analítica depende mucho de la solución de los conflictos entre sus miembros, y esto dependerá a su vez de la imagen interna que cada uno de ellos tiene de Freud. Escribe Van der Leeuw: “para sentirnos familiarizados y a gusto con el trabajo de Freud, se torna necesario aceptar nuestra ambivalencia hacia él, a fin de poder manejarla” y agrega:

“Desde el primer encuentro con el psicoanálisis, estamos emocionalmente comprometidos: establecemos una relación emocional, queramos o no, con el gran hombre. El hecho de él estar muerto no modifica mucho esta situación”.

Van der Leeuw se preocupa más con las variadas actitudes hostiles de los analistas entre sí y preconiza la preservación del gran legado de Freud —el psicoanálisis— a través del reconocimiento en sí mismos, por los miembros de las Sociedades, de sus verdaderos mecanismos de defensa.

Deseo focalizar aquí no tanto la actitud hostil que el analista puede tener de forma ostensiva o encubierta contra la obra de Freud, como —lo que hasta cierto punto puede resultar ser lo mismo— la tendencia a la idealización que el analista tiene en relación a Freud.

En cierto modo, la figura de Freud fue y será siempre idealizada, por más que se lo evite, pues sería escapar de los límites de lo humano el exigir que no fuera así.

---

<sup>7</sup> P. J. Van der Leeuw: **Tha Psychoanalytic Society**. Int. J. Psycho-Anal. 49. 160, 1968.

Y para contribuir a esa idealización de manera poderosa está siempre viva el ejemplo de su vida, grandiosa sin duda, toda ello de devoción al trabajo, o la investigación, a la verdad, al ser humano, devoción que no decayó ni durante sus dieciséis años de agonía —así se refirió Jones al período final de su vida— pues fueron tantos los años de padecimiento y de atroces dolores debido al cáncer que le destruía la boca, dieciséis años de numerosas intervenciones quirúrgicas, soportando una prótesis que le resultaba inmensamente dolorosa y que usaba

para poder hablar, dieciséis años no obstante de intensa producción durante los cuales escribió más de quince trabajos, algunos abriendo nuevos rumbos, como el fundamental **Inhibición, Síntoma y Angustia** <sup>(8)</sup>, hazaña que sólo fue posible gracias a su sistemática negativa a ingerir drogas que le aminorasen el sufrimiento, porque prefería —dijo él mismo— “pensar atormentado a no ser capaz de pensar con claridad”, devoción —no está demás la insistencia— que lo hizo trabajar con pacientes hasta un mes y medio antes de morir, y dedicarse, hasta poco antes, a su mismo libro —su hermoso. **Moyses y la Religión Monoteísta** <sup>(9)</sup>.

Añádase que diariamente en nuestra actividad clínica manejamos los principios descubiertos por Freud, actuamos de acuerdo a sus enseñanzas básicas. Si tenemos una especialidad —y eso independientemente de la dirección que adoptemos en nuestras teorías o técnica— se la debemos a él.

Por eso la inevitable idealización, fronteriza del temor a la ingratitud. Así, ciertas afirmaciones del Maestro, sobre todo aquellas relativas a su propia persona, son aceptadas sin mayor examen.

A mi entender, está dentro de esa situación su afirmación de su falta de inclinación por la medicina.

Los lectores de Freud se admiran frecuentemente de sus vastos conocimientos.

Su interés por la literatura, poesía y teatro clásicos, tanto como por las artes plásticas, acostumbra estar presente en su obra. Numerosas veces se encuentran en ella citas de frases latinas, referencias a la antigüedad griega, Al lado de eso, su facilidad para escribir prende al lector de tal manera al texto, que muchos de sus escritos son leídos como si fuesen novelas. La fluencia y elegancia de la frase pueden sor apreciadas hasta en las traducciones descuidadas.

Esa suma de conocimientos universales, aliada al don de la palabra escrita han llevado no pocas veces a pensar que Freud habría seguido un camino más auténtico si se hubiese dedicado a otra actividad, como por ejemplo la literatu-

---

<sup>8</sup> S. Freud: **Inhibitions, Symptoms and Anxiety. Stand. Edil.** vol. **XX**. The Hogarth Press, London, 1968 Tred. castellana López - Ballesteros, Edit. Americana, vol. XI. Buenos Aires, 1943).

<sup>9</sup> S. Freud: **Moses and Monotheism Stand. Edit.** Vol. **XXIII**. The Hogarth Press. London, 1968, (trad. española Ramón Ray Ardid, vol. III. Edit. Bibliot. Nueva, Madrid, 1968).

ra. ¿No fue gracias a sus trabajos que se le confirió el premio GOETHE de literatura?

Por la extensión que adquirió el psicoanálisis en sus múltiples aplicaciones a la sociología, antropología cultural, folklore, educación, por las brillantísimas incursiones de Freud en esos sectores, se ha llegado a creer que en alguno de ellos podría estar su vocación.

Es evidente que Freud se mostró superdotado en mucho más que un campo del conocimiento; sin embargo, eso, por sí solo, no excluiría el hecho de haber sido la medicina su real inclinación, sobre todo si se toma en cuenta un factor de la más alta relevancia, que es el **Zeitgeist** en que vivió Freud, por cierto distinto del nuestro. Richard Sterba, recientemente, en un magnífico artículo, lo caracterizó de modo expresivo. Sinteticémoslo y comprenderemos fácilmente el espíritu humanista que impregna la obra de Freud (<sup>10</sup>)

Durante el período cultural que ejerció decisiva influencia sobre Freud, ciencia y humanismo eran inseparables. El creador y principal representante de esa ciencia humanista fue un erudito alemán que vivió y trabajó durante el período de la ilustración y comienzo de la gran expansión de la ciencia moderna —Alexander, Barón von Humboldt, principal responsable por la filosofía y espíritu del Sistema educativo en que se formó Freud, el mismo Humboldt naturalista que emprendió una expedición a la América del Sur, que recorrió Brasil, y que “con excepción de Napoleón Bonaparte era el hombre más famoso de Europa (<sup>11</sup>): Fue él quién estableció el modelo básico de la Universidad europea y que imprimió a los científicos del Siglo XIX la ideología que se conoce como idealismo clásico o humanista, ideología que prevaleció durante los años en que Freud recibió su educación académica. El establecimiento responsable por esa educación clásica era el **Gymnasium** humanista. Allí el griego y el latín ocupaban la mayor parte del tiempo y fuera de eso se enseñaba algo de historia, matemática y alguna ciencia. Se estudiaba latín durante ocho horas semanales, durante ocho años, y griego durante seis años seis horas semanales. Los **gymnasiasten** miraban con desprecio a los alumnos de la **Realschule**, los cuales no estudiaban griego y

---

<sup>10</sup> R. Sterba: **El Psicoanalista en un Mundo cambiante**. Rev. Psicoanálisis, tomo XXV. Nº 3/4, pág. 657, Buenos Aires, 1968.

<sup>11</sup> Humboldt, Alexander — **Encyclopedia Britanica**, vol. 11, Ed. 1951

latín ni se dedicaban a los clásicos. Los **gymnasiamten** eran preparados para formai- parte de la **elite** humanista (\*). Sterba cita una frase que Robert Waelder, ex-**gymnasiasten**, le dijo en sus primeros años de Norte-América: “La enseñanza me resulta muy difícil aquí, porque no puedo usar una cita clásica” y cree que la mala voluntad de Freud en relación a los Estados Unidos obedecería a la discrepancia entre su formación humanista y la pragmática de los norteamericanos.

Esa era la formación de los hombres de estudio en aquella época.

En respuesta a una carta que le escribí, R. Sterba asiera: “El Gymnasium era obligatorio para todos los que deseaban ingresar en la Universidad. Claro que Bruecke, Meynert, Bilbroth, Wagner-Jauregg, Breuer y todo aquél que cursaba la Universidad, tenía que poseer la **Gymnasialmatura o Abitur**; Freud siempre se enorgulleció del “rico sedimento de griego” como él llamaba, “adquirida en el **Gymnasium**”.

Ciencia humanista... humanismo y ciencia dándose las manos, constituyendo una ideología. Muy distinto de la actual era tecnológica, en que esas dos cosas se excluyen entre sí y de la formación intelectual básica en nuestro continente, en que aún mismo en el período en que la cultura francesa era el paradigma, la formación humanística de este lado, siempre se mostró precaria.

R. Sterba llama la atención hacia el hecho de que Freud deploraba el cambio cultural que se iba operando durante sus días, con el abandono progresivo del humanismo clásico, y menciona la tristeza revelada en una carta (†) en la cual escribía que parecía haber muerta “**die Humanitaet**”, palabra que en alemán combino el humanismo con la preocupación del hombre por la humanidad.

Al igual que el humanista Alexander von Humboldt, jefe de misiones diplomáticas, autor de notables contribuciones científicas a la botánica, geología, metereología, el cientista Freud también fue un humanista.

Es que Freud no podría circunscribirse a un campo limitado; su inquietud

---

\* En varias líneas de ese resumen del artículo de Sterba, empleamos sus propias palabras.

\* Carta de Freud a Lou Andreas — Salomé, in R. Sterba, **obr. cit.**

intelectual y la necesidad interna de conocer más y más, lo- llevaban a explorar nuevos territorios En el fondo él debía sentir aquello que Rainer Maria Rilke expresó tan bien en una de sus bellas “Cartas a un Poeta” (<sup>12</sup>), esto es, que “ninguna profesión tiene las dimensiones necesarias para las cosas de las que está hecha la vida”; y a Freud se le podría aplicar la frase de su venerado Goethe: “Vinimos a este mundo para inmortalizarnos”.

Muchas veces, nuestra miopía toma como patrón nuestras propias dimensiones, hacienda que juzguemos las excelencias y dotes extraordinarios de los otros para ejecutar algún menester, como excluyentes de otras inclinaciones y aptitudes que no pocas veces son hasta más desarrolladas.

Con todo, quién creó la leyenda de que la medicina no era su vocación, fue el propio Freud con sus declaraciones **y** hasta Jones, que se reveló tan excepcional biógrafo, acepté la afirmación.

Escribe Jones.”Puedo recordar como afirmaba, suspirando, en una época tan lejana como 1910, que le agradaría poder retirarse de la práctica médica, para dedicarse a la tarea de descifrar los problemas de la cultura y de la historia, el gran problema do cómo el hombre ha llegado a ser lo que es”.

Hay que reconocer que esto constituye algo bastante común, incluso banal, en la vida de grandes médicos. No es necesaria citar ejemplos de clínicos ilustres que una vez que han dominado su especialidad se entregan a estudios análogos, justamente por haber sentido la medicina de cerca, por haber lidiado con el ser humano y participado del destino de muchas vidas. La rutina de la clínica, —que por más creadora que sea, siempre tiene su rutina— lleva frecuentemente al médico de larga experiencia y que no es mediocre, a ansiar un estudio más tranquilo, aislado en su gabinete, a fin de indagar como el hombre llegó a ser lo que es. Y cuando la clientela es muy numerosa, después de un día de trabajo intenso, no obstante su auténtica vocación, dirá eso suspirando.

Dirijámonos, con todo, a Freud, y recordemos ese conocido parágrafo de su autobiografía (<sup>13</sup>): “Si bien vivíamos en situación nada holgada, mi padre

---

<sup>12</sup> R. María Rilke — **Carias a un Poesía**. Trad. portuguesa. portugalía Edit., Lisboa (sin fecha).

<sup>13</sup> S. Freud: **An Autobiographical Study**. Stand. Edil., vol. **XX**. The Hogarth Press, London, 1968 (trad.

insistía en que, en la elección de mi carrera, yo siguiera mis propias inclinaciones. Ni por aquella época ni más tarde, por cierto, he sentido ninguna predilección especial por la carrera de médico. Lo que me dominaba era una especie de curiosidad relativa más bien a las circunstancias humanas que a los objetos naturales, y que no había reconocido aún la observación como el medio principal de satisfacerse. Mi temprana familiaridad con el relato bíblico (en una época en que no había aprendido casi el arte de leer) tuvo, como hube de reconocerlo mucho más tarde, un efecto duradero sobre la orientación de mi interés. Bajo la influencia poderosa de un niño bastante mayor que yo, y que llegó a ser político renombrado, llegué a sentir el deseo de estudiar leyes, como él, y emprender actividades de tipo social (\*). Al mismo tiempo, la teoría de Darwin entonces en voga me atraía extraordinariamente, porque parecía prometer un gran progreso para la comprensión del mundo, y fue el hecho de haber oído el hermoso ensayo de Goethe sobre La Naturaleza, leído en alta voz, durante una conferencia popular del Profesor Carl Brühl, exactamente antes de abandonar el colegio, lo que me decidió a comenzar el estudio de la medicina”.

Más tarde, ya con cuarenta y un años de actividad médica, escribió (14): “.mi autoconocimiento me dice que yo no he sido nunca un médico en el verdadero sentido de la palabra... No tengo noticia de haber tenido en mis años tempranos ansia alguna de ayudar a la humanidad doliente. Mi disposición innata al sadismo no era muy fuerte de modo que no tuve necesidad de esta inclinación que es uno de sus tantos derivados. Tampoco me dio nunca para “jugar al doctor”. Mi curiosidad infantil buscó evidentemente otros caminos. En mi juventud había sentido la incontenible necesidad de comprender algo de los enigmas del mundo en que vivimos y contribuir en algo, acaso, a su solución. Lo que más esperanzas parecía conceder en cuanto a la realización de esto era inscribirme en la Facultad de Medicina... Ya había aprobado todos mis exámenes médicos, pero no demostré ningún interés en hacer nada realmente relacionada con la medicina hasta el día en que el maestro a quien tan profundamente respetaba (se refiere a Bruecke, “la más grande de las

---

castell. López - Ballesteros, Edit. Americana, vol. XX, Buenos Aires, 1943).

\* Antes Freud quiso ser militar.

<sup>14</sup> S. Freud: Stand. Edit., vol. XVII. The Hogarth Press, London, 1968 (trad. cast. Edit. América, vol. XXI, Buenos Aires. 1944).

autoridades que tuvieran influencia” en él) me hizo la advertencia de que en vista de mis reducidas posibilidades materiales no me sería posible de ningún modo dedicarme a una carrera puramente teórica. Así fue como pasé de la histología del sistema nervioso a la neuropatología, y más tarde, baja la incitación de nuevas influencias, llegué a ocuparme de las neurosis. Me siento poco inclinado a creer, sin embargo, que mi carencia de auténtico temperamento médico haya causado mucho perjuicio a mis pacientes. Porque no constituye una ventaja muy grande para los pacientes el que el interés terapéutico de los médicos en cuanto a los métodos que emplean lleguen a alcanzar un tono afectivo muy exagerado, hay más ventajas para ellos en que el médico realice su tarco fríamente y, si es posible con precisión.”

Comentando la curiosidad en descifrar los enigmas de la naturaleza humana, Jones recuerda que podrían haber sido tomados dos rumbos: la especulación filosófica o la investigación científica, y para explicar la senda científica elegida por Freud, toma la “aguda sugestión” de Wittels, según la cual Freud habría tenido una inclinación tan intensa por las especulaciones abstractas que, temiendo verse dominado por ellas, procuró compensar la inclinación dedicándose a los hechos científicos concretos. Corroboraría esa opinión una afirmación que Freud le hizo a Jones cierta vez: “En mi juventud sentí una poderoso atracción hacia la especulación y la refrené despiadadamente.”

No obstante parecerme bastante importante este comentario de Jones y Wittels, quisiera retornar a los trechos de Freud transcritos arriba, *en los que afirma no haber tenido ninguna inclinación por la medicina.*

Nadie hasta hoy puso en duda la veracidad de la afirmación, o sea, nadie dejó de creer en ella. Sin embargo, si un paciente se refiriese a su carrera en esos términos, jamás diríamos en nuestro fuero íntimo que estaríamos ante alguien sin vocación médica. La simple circunstancia de haber aseverado tal cosa no bastaría para convencernos. Esperaríamos naturalmente que surgiese más material conectado con el tema y buscaríamos la trama inconciente de tal afirmación. Sobre todo, tendríamos que conocer su personalidad global, sus

ansiedades básicas, sus fracasos, sus triunfos, a fin de ubicar el tema dentro de la totalidad y entonces recién juzgar su significado. Podría ocurrir, sin embargo, que el paciente hubiese comparecido a una o dos consultas solamente, y apenas tuviéramos de él otros datos, obtenidos en fuentes ajenas a la situación analítica.

Es más o menos en esa condición que nos encontramos en relación a esas declaraciones de Freud.

En primer lugar, ya nos llamaría la atención y nos haría dudar de la realidad de la afirmativa, el hecho del paciente insistir tantas veces en decirnos que no tenía real inclinación por la medicina...(\*). Si Freud oyese repetitivamente estas mismas declaraciones en boca de otra persona, no procedería de otro modo.

Tampoco es totalmente verídico que, ni en la época en que escogió la profesión ni más tarde, no haya tenido ninguna predilección especial por la carrera.

En su autobiografía, líneas después del trecho anteriormente citado, escribe: “Los estudios propiamente médicos —excepción hecha de la psiquiatría— no ejercían atracción sobre mí y retrasándome así en mi carrera, no obtuve el título de doctor hasta 1881”. Aquí ya fue hecha la excepción a la psiquiatría. Ahora bien, para cualquier estudiante de medicina de hoy, y especialmente del tiempo en que no existía el psicoanálisis, la psiquiatría es y era una especialidad médica Y en los tiempos de Freud, muy médica. En aquella época, las miras de los psi-quiatras no dirigían principalmente hacia los pacientes con lesiones cerebrales o toxi-infecciones, hacia los cuadros llamados orgánicos. Recuérdese que inclusive, cuando Freud quiso dar su mera contribución a la psiquiatría en el sentido de una teoría amplia de las neurosis, escribió el Proyecto <sup>(15)</sup>, especie de psicopatología primitiva en la cual procuraba visualizar los actos psíquicos correlacionándolos con las estructuras neurológicas.

---

\* Varias otras veces, fuera de las aquí citadas, Freud repitió eso.

<sup>15</sup> S. Freud: **Project for a Scientific Psychology**. Stand. Edit., Vol. 1. The Hogarth Press, London, 1968. (trad. eapañ., vol. III. Edit. Bibliot. Nueva, Madrid, 1968).

Jones nos dice que “a diferencia de lo que ocurría con la clínica neurológica, Freud sentía profundo interés en la clínica psicopatológica y agrega que lo que observaba y descubría constituían fascinantes problemas intelectuales de por sí, pero el interés que esto encerraba quedaba relegado a segundo plano frente a su grandioso plan de formular una teoría comprensiva de las manifestaciones neuróticas”.

Indudablemente, todo médico de alta envergadura que vislumbra más allá de los casos clínicos que examina, es llevado inevitablemente a formular hipótesis, teorías. ¿Qué decir, entonces, cuando este médico con “profundo interés” por su especialidad, posee potenciales geniales? El espíritu superior vuela siempre sobre lo particular, se encamina hacia lo general; encontrar en eso una falta de inclinación para la carrera es negar que pueda haber genios con verdadera vocación médica y afirmar que el espíritu investigador excluye al gran clínico.

Si nos detenemos en los dos trechos de Freud antes transcritos, podremos quitar el sentido que él quiso darles, casi línea por línea.

Así, en lo tocante al consejo que le habría dado Bruecke de dedicarse a la clínica y abandonar el laboratorio, es elemental para todo analista que los consejos no sirven para mucho, y que cuando el aconsejado los sigue es porque en su fuero íntimo ya estaba dispuesta a hacerlo. Jones piensa sobre ese particular que Freud independientemente de Bruecke, ya conocía su situación financiera y sabía que no le permitía permanecer en las investigaciones de laboratorio. Esa, no obstante, no parece ser todo, porque fue Jones mismo quien declaró en otra parte que, en cuestiones de dinero, Freud nunca fue ambicioso, que sus necesidades eran bien modestas Jones cree que fue el intenso deseo de casarse y el no tener perspectivas de un cargo oficial remunerado en el laboratorio, la que lo llevó a “seguir el consejo” (\*) Eso sin duda constituye una flagrante contradicción con la actitud asumida más tarde en situación similar, cuando, en 1883 se le ofreció la oportunidad de

---

\* Las comillas son mías, no de Jones.

acompañar un paciente al extranjero. Lo que así ganaría de honorarios “importaría la posibilidad de adelantar en un año integro el casamiento. Pero significaría también abandonar el hospital para siempre y renunciar a presentarse para optar al cargo superior. A pesar de la impaciencia de su largo noviazgo, no vaciló en la elección y continué en su cargo”. ¿Cómo conciliar las dos actitudes? El laboratorio que constituiría su vocación, él lo abandona, y continúa en el hospital donde practica la clínica por la cual siente “aversión”?... Aunque fuese realmente la situación financiera lo que lo obligó a dejar el laboratorio —cosa poco verosímil— Freud más tarde, ya afirmado en la vida, nunca volvió a ningún laboratorio, ni al de Bruecke ni a otro, y ni siquiera como **hobby**, en algún momento de su vida, retorné a las investigaciones fisiológicas, no obstante escribirle a su novia, poco después de haber abandonada el laboratorio, en los siguientes términos: “pera quizá esta no sea definitivo”. Y Freud sabía que la clínica y el laboratorio no eran incompatibles, ya que los fisiólogos de su tiempo, “Du Bois Reymond, Helmholtz y Bruecke mismo, habían alcanzado el título doctoral y algunos de ellas ejercían incluso la medicina”.

Otro punto a ser enfocado es el referente a que su disposición al sadismo no era muy fuerte, de modo tal de llevarla a la práctica médica. Cuesta creer que se pueda leer este trecho y aceptarlo sin someterlo a crítica.

No le faltó oportunidad a Freud de revelar la mencionada disposición Soñó en su infancia con ser militar y durante algún tiempo se complacía con la lectura de libros sobre historia militar, habiendo “la guerra franco-prusiana que estalló cuando tenía catorce años despertada en él aguda interés”. Además, se sabe de su belicosidad cuando era niña; son conocidos los pasajes de sus luchas corporales con el sobrino Hans, de quien sentía enormes celos y con quien mantenía gran rivalidad; sobrino que era un año mayor que él, “después de sus padres, la persona más importante para Freud en su primera infancia”. Debería tener sus 14 años cuando, en una visita de Hans a su casa los dos “participaron en un diálogo ante un público infantil, haciendo Sigmund el papel de Brutus”. Freud llega a decir que las relaciones con su sobrino condicionaron el desarrollo de su carácter: “Nos habíamos querido y nos habíamos peleado... Un amigo íntimo y un odiado enemigo fueron siempre indispensables a mi vida emocional., y con no escasa frecuencia... amigo y enemiga coincidían en una

misma persona”. (16).

Es decir también que Freud “sentía un considerable horror a la sangre”, sentimiento éste que prueba innegablemente que no había siquiera superado este aspecto, circunstancia que conduce —según mi experiencia y seguramente la de mis colegas— a muchos estudiantes de medicina con real amor a la carrera médica, sedientas de lidiar con pacientes, a optar por la psiquiatría, donde la sangre no aparece a no ser simbólicamente...

En cuanto a el hecho de no tener noticias de que en sus primeros años tuviese algún desea de ayudar a la humanidad enferma y de no haber tampoco “jugado al doctor”, cabe decir que es una afirmativa sin mayor valor. ¿No fue Freud mismo quien nos enseñé que aquello que recordamos de nuestra infancia tiene poca efecto sobre nuestras vidas, comparado con lo que no recordamos? Sobresale, todavía, que cuando tenía 10 años, durante la guerra austro-prusiana, habiéndolo llevado su padre “a ver cómo los soldados heridos eran pasados del tren a los carros cargados de heno, para ser conducidos al hospital, la lastimosa condición de los soldados le impresioné profundamente y rogó a la madre que le diera ropa blanca que tuviera para hacer la que se llamaba **charpie**, el precursor del algodón medicinal. Las niñas hacían esto mismo en las escuelas y Sigmund pidió a sus maestros que se organizaran también en las escuelas de varones, grupos para hacer **charpie**”. De eso, Freud se olvidó...

En los dos trechos transcriptos, las contradicciones y equívocos se suceden de tal forma que inexorablemente conduce a preguntarnos por qué será así.

Jones señala que la conferencia sobre el ensayo de Goethe —“La Naturaleza”— que Freud dice haber oído “exactamente antes” de abandonar el colegio, Freud, en otro lugar, declara “haber escuchado esta conferencia, tan decisiva, después de abandonar el colegio”...

---

<sup>16</sup> Autobiografía — obr. cit.

Es que cuando hay equívocos y contradicciones, algo muy importante y conflictivo sucede dentro del individuo Y Freud tenía una situación muy conflictiva en relación a la medicina. En relación a la medicina y a la ciudad de Viena.

Todas estas afirmaciones fueron hechas una vez ya entrado él en años, datando la más antigua de 1910, cuando contaba con 54 años de edad. Ciertamente fueron fruto de las numerosas incomprendiones que encontró en el ambiente médico vienés, comenzando por el primer impacto al entrar en la Facultad —como relata en el ensayo autobiográfico— representado por la sensación de inferioridad en relación a sus colegas por el hecho de ser judía; informa que consiguió vencer esa preocupación pero que “esas primeras impresiones universitarias (son palabras suyas) tuvieron la importantísima consecuencia de, una vez por todas, acostumbrarlo a figurar en las filas de la oposición y fuera de la denominada mayoría compacta, datándolo de una cierta autonomía de juicio”. (17).

Vemos así, claramente, que esa oposición persistiría en él en relación a la medicina y muy reforzada —con mucha razón— si recordamos las profundas decepciones que iría a sufrir posteriormente con los colegas médicos de Viena, decepciones tan comprensibles si tenemos en mente que todo lo nuevo despierta reacción y que lo nuevo que Freud revelaba hería profundamente el narcisismo de los hombres!

Se impone el recuerdo del episodio con la Sociedad Médica Vienesa a propósito de sus comunicaciones al volver de la práctica con Charcot en París. Aquello que Freud escribe a propósito, está lleno de equívocos y los hechos están muy alterados. Esto es declarado por Jones. El episodio, sabemos, pasó a la historia como habiendo sido Freud muy mal recibido por sus colegas, como habiendo sido rechazada su afirmación sobre la existencia de la histeria en el hombre. Dice Freud en la autobiografía: “No he vuelto desde entonces a poner los pies en la Sociedad de Médicas” Jones muestra como eso no es verídico, ya que Freud volvió varias veces. Además, nadie dentro de la Sociedad negó que existiese la histeria masculina, y hasta hubo quien declarase haber

---

<sup>17</sup> **Autobiografía — obr. cit.**

observado casos de hombres histéricos. Lo que fue puesto en duda fue la histeria traumática de Charcot. Como subraya Jones, Freud era joven y esperaba que los grandes maestros de Viena le brindasen una acogida calurosa. Con todo, parece que fue acogido normalmente y en cuanto a otra declaración suya, en la autobiografía, de que Meynert lo excluyó de su laboratorio en el tiempo de su llegada de París, aquí también hay un equívoco: fue muchos meses después, tal vez un año, ya que Meynert lo recibió muy bien a su retorno a Viena.

Parece ser suficiente lo dicho para mostrar el enorme resentimiento de Freud en relación a la medicina.

Es exacto, sin embargo, que los acontecimientos futuros no hicieron más que reforzar la ambivalencia ya existente anteriormente.

Hay aquí un aspecto interesante: a los 22 años escribió a un amigo: “He pasado a otro laboratorio y me estoy preparando para mi profesión más adecuada —mutilar animales o atormentar a seres humanos— y me estoy inclinando cada vez más a la primera de las alternativas”. Años antes, por lo tanto, de dejar el laboratorio de Bruecke ya pensaba en “torturar a seres humanos”... <sup>(18)</sup>.

Aunque sea rápidamente, vale la pena tocar también el problema del análisis profano. Escribe Jones: “Se ha pensado alguna vez, que la cruzada en favor del análisis profano surgía del resentimiento por la forma despectiva en que, durante muchos años, había sido tratado por la profesión médica. En mi opinión, hay muy poco de verdad en esta hipótesis”. A pesar de la opinión, todo indica que sí y es Jones quien en su tercer volumen, abre el capítulo sobre el tema con las siguientes palabras: “Dentro del movimiento psicoanalítico internacional, y con la sola excepción del **Verlag**, el problema del análisis profano fue el que despertó en Freud el mayor interés y cautivó más sus emociones durante la última fase de su vida”.

Y no podría dejar de ser así, ya que el tema envolvía la profesión médica.

Sin entrar en el mérito de la cuestión, o sea, de saber si el análisis lego es o no deseable, mi intento se limita a recordar que Freud inclusive se irritó con Jones, pensando que éste no lo seguía en su cruzada y no solamente abogó y propugnó el análisis profano, sino que llegó hasta “la actitud extrema de

---

<sup>18</sup> Carta a Wilhelm Knöpfungmacher. In Jones, **obr. cit.**

disuadir a los presuntos candidatos de estudiar medicina”, lo que por cierto no se le podría ocurrir a nadie sensato

El argumento supremo era que el psicoanálisis sería con el tiempo absorbido... por la medicina.

Parece fuera de duda que Freud, en general tan austero, no consiguió mantener su sobriedad habitual en lo tocante a este problema, pues cerca de un año antes de fallecer, se manifestó así: “El hecho es que no he repudiado nunca mis puntos de vista en este problema (análisis profano) e insisto en ellos ahora aun más intensamente que antes, frente a la evidente tendencia norteamericana de transformar el psicoanálisis en una simple **mucama (house maid)** (\*) de la psiquiatría”.

¿Y qué decir de su actitud en relación a la carrera de los hijos? Nos cuenta su hijo Martín:

“La medicina como profesión estaba estrictamente prohibida por mi padre para cualquiera de sus hijos” (19)

Lo que impresiona en todo esto, es que se ponga en duda la declaración de su hermana Anna sobre su propósito de seguir medicina. Según ella, fue en ocasión del viaje del aún adolescente Sigmund a Londres que se definió la resolución. A pesar de que el padre “lo consideraba demasiado blando de corazón para esa tarea, él insistió diciendo: quiera ayudar a la gente que sufre” (20). Jones dice que es casi seguro que esto no sea cierto. ¿Por qué? La única explicación plausible y bastante verosímil a mi entender, es que Jones se haya identificado tan intensamente con Freud en ese particular, que tenga, como Freud, expulsado de la conciencia todos los hechos que contradecían las declaraciones sobre la falta de vocación.

Jones discute la fecha de ese viaje, como la del ya célebre recuerdo

---

\* El subrayado es mío.

<sup>19</sup> M. Freud: obr. cit.

<sup>20</sup> Anna Freud Bernays: **My Brother. Sigmund Freud**. American Mercury, Nov. 1940, cit. in Jones, obr cit.

encubridor de Freud publicado como si fuera de un paciente <sup>(21)</sup> y vincula al sector amoroso la elección de carrera, aunque lo presente apenas como hipótesis.

Me parece indispensable el entrar en esos detalles y en otras más para ver el problema en su totalidad. Como dice Jones, Freud siempre procuró preservar su vida particular; más de una vez destituyó su correspondencia y siempre se mantuvo reservado bajo muchos aspectos. Habría que saber mucho más, inclusive su relación con la madre, pues lo que se conoce son cosas muy generales. El hecho, por ejemplo de haber sido la madre de Freud tuberculosa durante la infancia de él, es apenas mencionado.

El perfil de la vida de Freud en su sentido global sin embargo, es más que suficiente para afirmar que la medicina lo atrajo poderosamente.

Al final de cuentas, somos analistas y si encontramos un agente de policía que tiene dentro de sí un delincuente que él está siempre dispuesto a perseguir allá afuera, y este agente nos dice reiteradamente que su empleo en la policía le vino en época de una situación financiera deplorable, obligándolo a aceptarlo y que cuando pensó en cambiar de ocupación ya le era extremadamente difícil o mismo imposible, apartándonos una serie de motivos aparentemente más que razonables y justos; si encontramos en nuestra clínica a ese agente, jamás iremos a creer en su falta de inclinación por la carrera. Para que él concuerde con nosotros y sienta sus racionalizaciones, son necesarios años de trabajo con hora marcada, casi diariamente... Pero no por eso nos dejaremos envolver hasta el punto de creer que fueron las influencias externas actuales que lo condujeron a la policía. Principalmente si ese agente tuviera un gran éxito en la persecución de criminales y si llegase a distinguirse entre los demás con nuevos métodos de investigación de los crímenes y de la captura de delincuentes.

El ejemplo elegido tal vez no sea el mejor, pero lo que quiero expresar es que ninguna de nosotros buscó el psicoanálisis por casualidad, ninguno de nosotros, médico, se matriculó en la Facultad de Medicina y permaneció en ella

---

<sup>21</sup> S. Freud: **Screen Memories**. Stand. Edit., Vol. **III**, The Hogarth Press, London, 1968 (trad. castellana, Vol. **XII**, Edit. American, Buenos Aires, 1943).

y prosiguió la carrera debido a circunstancias externas ocasionales.

Me parece tan banal, tan elemental ventilar este punto, y sin embargo, en realidad, en lo que concierne a Freud nos olvidarnos de hacerlo.

La verdad es que la escuela en que, con amplia libertad de elección, Freud espontáneamente se inscribió, fue la de medicina y que durante los años acarició el sueño de ser profesor de la Facultad de Medicina de Viena, sueño que a *nosotros* nos hace sonreír, ya que sería Freud quien honraría la cátedra y no al contrario, como él sentía. La verdad es que toda su vida fue una negación de las declaraciones que hizo sobre su falta de vocación

Desde temprano, todavía en la época en que era neurólogo, sus diagnósticos, comprobados por la anatomía patológica, ya eran famosos, lo que atraía médicos americanos a Viena para asistir a sus cursos. A menudo nos olvidamos de que, antes de dedicarse al estudio de las psiconeurosis, dejó notables contribuciones a la clínica neurológica. Poquísimos neurólogos saben que, cuando aún hoy leen un trabajo sobre Afasia o Parálisis Cerebral Infantil, al consultar las referencias bibliográficas, el Freud que allí figura no es homónimo del nuestro, sino él mismo, aún joven, cuando **Privat-Dozent** de la Facultad de Medicina de Viena. El hecho de que actualmente, después de casi un siglo, aún se mencionen esos trabajos, dice claramente de su valor de uno de ellos dijo en la época el eminentísima Pierre Marie: “Esta monografía es incuestionablemente la más completa, la más precisa y seria que hasta ahora apareció sobre el confuso problema de la diplegia cerebral infantil acerca de la cual tan poco se sabe”.

¿Y el “episodio de la cocaína”, cuando en aquella época casi le descubrió las cualidades anestésicas? Más de una vez el joven Sigi estuvo al borde de la celebridad, antes de dedicarse al estudio práctico y teórico de la vida psíquica del hombre.

Sería fastidioso hacer una lista de sus varios trabajos en el sector neurológico, incluso de aquellos de neurofisiología en animales, en su tiempo de estudiante. En general, los que se refieren a eso hacen una dicotomía entre

sus estudios de histofisiología nerviosa en animales y los posteriores, clínicos, en el hombre. No ven estos últimos como una continuación natural de los primeros y razonan como si los alicerces de una medicina de alto nivel no se encontrasen en las disciplinas básicas estudiadas en los primeros años de curso médico.

El sistema de la época de Freud, y todavía vigente hoy en día en la mayoría de las Facultades de Medicina, de estudiar primero materias básicas y una vez preparado el alumno en ese campo pasar al contacto con el paciente, ya comenzó, con la actual política de enseñanza integrada a ser substituido en algunas Universidades norteamericanas de vanguardia por el estudio simultáneo de las materias básicas y clínicas, en un ir y venir de un campo para otro, en un flujo continuo en las dos direcciones. Ambos campos son “medicina” y solamente podrá existir esta dicotomía para aquellos que suspenden sus estudios a nivel del **College**, sin ingresar en el ciclo profesional. Freud nunca pensó en detenerse en medio del curso, que se sepa; su objetivo era terminar la Facultad, hecho que no es negado ni por aquellos que creen que la medicina le gustaba poco.

Además, en el pasado, “los papeles de médico e investigador de la naturaleza iban frecuentemente asociados Pinel, quien también se dedicó a la botánica, fue discípulo de otro excelente naturalista, Boissier de Sauvages, y reemplazó a Cuvier en la sección de zoología de la Academia de Ciencias de París”<sup>(22)</sup>. Y este clima prolongóse hasta el tiempo de Freud.

Si se tratase sólo de ornar a la investigación, sus trabajos serían los estudios de laboratorios con animales, jamás se extenderían con éxito al ser humano. Solamente quien nunca frecuentó un hospital y nunca tuvo contacto con enfermos internados, puede creer que se pueda llevar a cabo con éxito estudios neurológicos o de cualquier otra especialidad sin un vivo interés por el enfermo.

Fue el propio Freud quien nos posibilitó saber que la esencia de la vocación médica es justamente el interés por aquellas “circunstancias humanas” que

---

<sup>22</sup> J.R. Sauri: **Historias de Las Ideas Psiquiátricas**. Ediciones Carlos Lohlé. Buenos Aires - México, 1969.

tanto lo atraían, interés que converge hacia la necesidad de ayudar al próximo; ésta, Freud la demostró sobradamente, procurando salvar en los pacientes aquellas partes enfermas que él, al igual que todos nosotros, traemos dentro nuestro, o, usando un lenguaje más apropiado, **reparando** en los enfermos aquellas partes destruidas que todos llevamos en nuestro interior, resultado de nuestra maldad.

De esta capacidad de reparación tenemos noticia no solamente dirigida especialmente a la profesión médica, como en el episodio ya mencionado con los soldados de la guerra austro-prusiana, como también en su infancia más tierna, sea cuando ofreció a su padre una cama roja en reparación, sea cuando, al haber manchado una silla consoló a su madre “con la promesa de que llegaría a ser un grande hombre y le compraría otra”. Igualmente ilustrativo es su recuerdo del libro que su padre les regaló, a él y a su hermana, con sugerencia de romper las ilustraciones en colores, casa que hicieron. Tiempo después, Freud relacionó este hecho con su afición por poseer libros.

En realidad se torna superfluo, casi ridículo, insistir en la capacidad de reparación de Freud, cuando toda su vida misma fue una reparación —y con qué éxito!— vida toda dedicada al ser humano.

Su enorme interés por el ser humano se evidencia por la propia investigación y terapéutica que creó, cosa que sólo sería posible mediante una extraordinaria dosis de **empatía** para poder sentir los profundos problemas de los otros, penetrando en sus más recónditos sentimientos

Su extraordinario interés por el próximo lo llevó hasta a infringir reglas técnicas dictadas por él mismo, tratando gratuitamente, durante años, a un paciente —el célebre **Hombre de los lobos**—y además de eso, proveyéndola de dinero para sustentarse (\*).

¿Qué más podemos desear para caracterizar un verdadero médico? Si, un verdadero médico que no obstante su mucho saber, buscó humildemente tratarse a sí mismo para poder tratar a los otros; desde el inicio de su autoanálisis —que fue el análisis más largo del que tenemos noticia— hasta el

---

\* Los hechos sobre Freud sin referencia especial, mismo cuando sea en nuestras palabras, y por lo tanto, sin comillas, tienen como fuente la obra citada de E. Jones.

fin de su existencia dedicó diariamente media hora, antes de acostarse, a la investigación y elucidación de sus propios conflictos psicológicos.

La verdad que día tras día fue procurada por el investigador Freud, fue buscarla como auténtica médico, en sí mismo y en sus pacientes. Practicando el psicoanálisis, terminadas las ocho o diez liaras de consultas, se ponía a escribir y a repasar los casos clínicos hasta altas horas. Aún cuando el material de que se ocupaba no era de pacientes, su fuente eran ellos mismos. Toda su obra emana de hallazgos clínicos.

La declaración de que fue un profesional frío, carente de auténtico temperamento médico, pierde valor. Pera solamente en sentido literal, porque con una connotación diferente es hasta expresiva, y posee significado opuesto. Es que, en lo que respecto a la medicina, Freud usaba sin saberlo, el mecanismo de negación. Lo necesitaba

Tenía que negar su tendencia al sentimentalismo. Es casi cierto que, en su convivencia con los enfermos, haya evitado que su interés terapéutico llegase a alcanzar el tono afectivo exagerado a que aludió, que haya luchado contra eso en aquella línea de conducta señalada por Wittels y Jones, de contrariar algunas tendencias suyas. Según Jones, Freud decía que “de su madre le venía su sentimentalismo, término especialmente ambiguo en alemán y que debe tomarse en el sentido de denotar su vivo temperamento, con las apasionadas emociones de que era capaz. El intelecto era únicamente suyo”. Es casi cierta que Freud haya huido de ese sentimentalismo, para él femenino, que lo hacía tener horror a la sangre y llevara al padre a considerarlo demasiado blando de corazón para la tarea de médico, sentimentalismo que procuró evitar —y lo consiguió— durante sus “diez y seis años de agonía” durante los cuales demostró una voluntad de hierro y una excepcional dignidad dentro de su sufrimiento.

No deja de ser significativo el haber prevenido Freud a los analistas sobre el maleficio del **furor sanandis**, sentimiento que indudablemente lo debe haber asaltado frecuentemente como para que pudiese conocerlo.

Toda la vida de Freud es un ejemplo de fortaleza de ánimo, de dominio de la voluntad y confesar que se dejaba arrebatado por el sufrimiento humano sería

demostrar debilidad.

Conocí más de una persona que se analizó con Freud, una de ellas psicoanalista de renombre internacional. Cuando le pregunté sobre la técnica de nuestro maestro, respondió que sería muy difícil definirla y que consistía en un *savoir faire* freudiano todo especial; la descripción que hizo en breves palabras no daba en absoluto impresión de frialdad, al contrario!

Parece que el clínico Sigmund Freud incorporé una actitud: la de hacer prevalecer **su** intelecto contra el sentimentalismo “de la madre”.

Para confirmar este modo de ver, está la observación de Bernfeld a propósito de que “en las autoconfesiones esparcidas en sus escritos, Freud aparece a veces como malvado, parricida, ambicioso, mezquino, pero nunca enamorado (salva por algunas alusiones, muy superficiales, a su mujer)” El podía declararse parricida o vengativo, por tratarse de algo inconciente, fuera de la esfera de su voluntad, pero no enamorado, lo que correspondería para él a una debilidad de carácter. Es preciso recordar que Freud colocaba la moral fuera de cualquier discusión. En carta a Putnan se expresó de la siguiente manera: “Considero la moral algo evidente por sí misma... Jamás practiqué un acto vil”. Su frase, que nos llena de admiración por su personalidad, se torna aún más ponderable cuando conocemos la declaración de Jones de que “tres cualidades de Freud le produjeron una gran impresión, impresión que se tornó más profunda con el correr de los años: *su* nobleza de carácter, su intenso amor a la verdad, su coraje y determinación inflexible”.

No es de extrañar que Freud declarase no sentirse totalmente médico, cuando sabemos dos cosas: una, que frecuentemente daba ‘amia impresión de si misma, otra, que consideraba la medicina como algo demasiado elevado, inaccesible casi. Aunque parezca paradójal que eso sucediese con Freud, parece no haber dudas sobre el tema.

Veámoslo.

Relativo a sus exámenes en la Facultad, sus referencias son en sentido de no

estar preparado, de enfrentarles bajo gran tensión, y si embargo, con excepción de la Cátedra de medicina legal ‘en la cual fue aprobada con un “satisfactorio”, en las otras, su calificación fue “excelente’. Acerca de tan buen resultado, procura desvalorizarla diciendo que se debía a su memoria visual que le permitió dar respuestas automáticas, reproducciones exactas —dijo él— - del libro de texto que había consultado rápidamente a última hora. En otras ocasiones tuvo actitudes semejantes. Recuérdese que, sin ninguna ironía o falsa modestia, cierta vez le retrucó a Jones, a propósito de una historia que éste le narró de un cirujano que decía que si le fuese permitida presentarse ante Dios, le mostraría un hueso canceroso para oír lo que tendría para decirle al respecto. Freud informó que si se encontrase en situación similar “lo que le reprocharía, principalmente, al Altísimo, sería el no haberme concedida un cero-loro mejor”.

Se hace imprescindible transcribir el siguiente trecho de Jones, porque se me ocurre que es la llave de todo el problema en cuestión: “Es difícil determinar qué es lo que realmente significaba esta aversión (por la medicina). No era seguramente una falta de respeto por la profesión médica, coma tal vez se podía creer. Existen indicios, por el contrario, de que la miraba como una Tierra Prometida —o para ser más exactos, como una Tierra Prohibida—, en la que por alguna razón, no estaba destinado a entrar. Apenas pocos meses después, en agosto de ~ en respuesta a un amigo que le aconsejaba transformarse en médico corriente, escribía: Estoy enteramente de acuerdo contigo, y sin embargo no puedo hacer lo que me recomiendas... No he estudiado bastante para ser médico. En mi formación para la cariera médica hay una laguna que sólo penosamente fue llenada. Sólo he podido estudiar bastante como para llegar a ser un neuropatólogo. Y ahora me faltan, no la juventud, pero sí el tiempo y la indo-pendo-mis necesarios para compensar todo lo que he salteado. El invierno último estuve muy ocupada, de modo que apenas pude salir del paso con mi numerosa familia y no me quedó tiempo para estudiar. En otras palabras, había a este respecto cierto sentimiento de inferioridad, que él atribuye, sin ninguna razón, a deficiencia en sus conocimientos, e incluso a incapacidad para el aprendizaje... él que era capaz de aprender de una manera tan rápida y tan fácil. En una palabra, era más bien una condición de inhibición que de incapacidad. Tal vez podría inferirse, de su observación, ya citada,

acerca de torturar a seres humanos, alguna inhibición con respecto a tener que enfrentarse con el sufrimiento físico, e incluso, algunas veces, como médico, tener que acrecentarlo”.

Dos comentarios se imponen: el primero es que es casi increíble que Jones, habiendo sido capaz de escribirlo, se haya dejado envolver por la supuesta falta de vocación médica de Freud. Teniendo en mente este hecho, al leer a Jones, aquí y allí nos sorprendemos con el **clivaje** que en él se establece sobre ese particular. El segundo es la falta de consistencia de las razones alegadas por Freud. Además de su extrema facilidad para adquirir conocimientos nuevos, en la época de Freud, la enseñanza de graduación y posgraduación eran hechas por medio de conferencias, de aulas teóricas y, **a veces**, de demostraciones prácticas. Ahora bien, Freud llevó tres años frecuentando hospitales, **trabajando** en los mejores servicios médicos de Viena que aquella época constituían los mejores del mundo. Freud hizo lo que hoy llamamos residencia y sin embargo se consideraba insuficiente! Tres años de residencia siendo él un joven superdotado.

El rigor excesivo que tenía consigo mismo en el cumplimiento de sus tareas, así como sus ideales demasiado altos, lo colocaban, por cierto, en la condición de satisfacerse únicamente con una **performance** singular.

Me pregunta también: ¿No habría en Freud —por su condición de judío y perteneciente a una familia no destacada— cierto temor frente al **status** de médico en la sociedad vienesa de fines del siglo XIX?

El último trecho de Jones demuestra inclusive a que altura ponía Freud a la medicina, dentro de su escala de valores.

Pinel, cerca de un siglo antes afirmaba: “Es necesario conceder que en la actual desorganización de casi todos los estados de la sociedad, la profesión de médico es la que juega uno de los mejores papeles porque se sitúa realmente en la naturaleza, y hoy en día es en el cuerpo médico donde hay

reunido el mayor número de figuras de primera línea” (23). Y las cosas siguieron siendo así hasta los días de Freud. ‘-Para la Ilustración —dice Saurí— el **status** médico era quizá el más alto e importante” (24).

Es cierto, por otra parte, que Freud sentía emanar de su interior una fuerza que lo llevaba hacia el máximo, hacia un plus difícil de definir, que él presentía como empujándola a grandes realizaciones. A veces, se refirió a esto en tono de broma, en momentos de grata irresponsabilidad, como a los 29 años, cuando en una carta a su novia, le comunica haber destruido una correspondencia antigua, diarios, anotaciones científicas y originales de sus publicaciones, escribiendo frente a esto que sus biógrafas lamentarían vivamente la falta de datos y diciendo que cada uno de ellos que construyese a su antojo “la idea de la evolución del héroe...

Dentro de la misma tónica está otra carta, también dirigida a su novia, en la que se lee: “Oh! qué maravilloso va a ser! Vendré con mucho dinero, me quedaré mucho tiempo contigo, y voy a traer alguna cosa hermosa para ti, y luego iré a París y llegaré a ser un gran **savant** y volveré a Viena con una gran, gran aureolo. Después nos casaremos y **yo voy a curar todos los enfermos nerviosos incurables, (\*)** y tu cuidarás de mí y yo te besaré hasta verte contenta y feliz... Y desde entonces vivieron felices.”

Sin embargo, jamás se permitiría decir seriamente estas cosas.

Si no fuese por su autodisciplina y las pocas concesiones que se hola, llevándolo a tener una imagen poco exaltada de si mismo, diría como el poeta: “Eu sinto em mim o borbulhar do génio.” (25).

Todas estas natas que tienen como principal fuente la notable biografía de Jones —ha que contiene todas las incisivas declaraciones de Freud acerca de su falta de inclinación por la medicina— no representan sino un esbozo de abordaje del problema, el cual podrá ser mejor desarrollado por otros colegas a quienes mas ayude el ingenio y arte” (26) sobre un tema casi evidente por sí

---

<sup>23</sup> R. Semelaigne: **Les Grands Aliénistes Français**. Steinhed. Paris. 1894 in J. R. Sauri: obr. cit.

<sup>24</sup> J. R. Sauri: **obr. cit.**

\* El subrayado es mío

<sup>25</sup> Castro Alves: **Espumas Flutuantes**. Obras Completas, Tomo I, 3a. ed., Comp. Edit. Nac. Rio de Janeiro, 1944

<sup>26</sup> Camões: Os Luziadas. Canto I, y. 16.

mismo pero que no es usualmente enfocado.

Por último, lanzando una mirada a la medicina contemporánea, no puedo dejar de volver al recelo que Freud tenía acerca de que el psicoanálisis fuese absorbido por la psiquiatría. Su temor era que el psicoanálisis pasase a figurar en los tratados de psiquiatría como un simple capítulo, relativo a la terapéutica, al lado de la quimioterapia, de los métodos biológicos, etc. Recelo vano, que nos hace sonreír, ya que actualmente presenciemos una absorción, pero justamente en un sentido apuesto. Y la absorción fue tal que no se puede escribir una Historia de la Psiquiatría sin dividirla en **antes y después** de Freud. La repercusión del psicoanálisis no fue sólo sobre la psicoterapia, del moda como temía el maestro, sino que se llevó a cabo en un sentido distinto, ya que no hay en nuestros días modalidad psicoterapéutica que no esté impregnada de los principios psicoanalíticos. Y fue mucho más lejos. Incluso aquellos psiquiatras demorados que rechazan esos principios, emplean sin percibirlo conceptos del psicoanálisis. Lo que el psicoanálisis suscitó especialmente fue la dirección de la psiquiatría en un sentido genético-dinámico. Son raras hoy en día las corrientes psiquiátricas que no están orientadas en un sentido biográfico-evolutivo, si es que las hay. Recojo aquí dos períodos de un manual de orientación organicista con prefacio del super-organicista Kleist, jefe de la escuela psiquiátrica neurológica: “Así como la tendencia somatológica culminó en el sistema kraepeliniano, la psiquiatría con orientación psicológica predominante fue coronada por las ideas de Freud. El futuro de la psiquiatría actual está en saber escojer eclécticamente lo positivo útil de ambas direcciones como base de mutua complementación”. Y en otro pasaje: “No obstante las continuas embestidas de sus detractores, la doctrina psicoanalítica fue imponiendo los puntos básicos de sus ideas...” (27)

La orientación de la psiquiatría en el sentido afectivista y biográfico, desligándose de la enfermedad para tomar como eje la personalidad del paciente, constituyóse en el pensamiento dominante de la especialidad, refleja

---

<sup>27</sup> J. Sole Sagarra y Karl Leonhard: **Manual de Psiquiatría**. Ediciones Morata, Madrid, 1953.

directo de la escuela psicoanalítica.

¿Y qué decir de la medicina en general? Es exactamente la medicina que está siendo absorbida poco a poco por el psicoanálisis. ¿No fue justamente esto que presenciamos y continuamos viendo con el advenimiento de la medicina psicosomática? Recordemos esta frase de Franz Alexander: “Se le ha reservado a la parte más descuidada de la medicina, a la psiquiatría, la introducción de un nuevo aspecto sintético en la medicina” (28). Y todos sabemos que la psiquiatría a la que Alexander se refiere no es otra que el psicoanálisis.

Al paso y a medida en que el término **psicógeno** se vuelve anticuado, la primitiva noción de enfermedad psicosomática cede lugar a la más adecuada a los hechos, según la cual todas las enfermedades son psicosomáticas. Del mismo modo se incrementan actualmente los estudios sobre la dinámica inconsciente de la relación médico-paciente, no sólo en la psiquiatría o medicina interna, sino en todas las especialidades médicas. Y con el estudio de ese **encuentro** médico-enfermo se abre todo un horizonte nuevo para la Medicina.

No hay duda que esa medicina integral, que hoy es privilegio de algunos espíritus de vanguardia, se consolidará en el futuro. En ese futuro los médicos tendrán que tener una sólida formación psicológica y somatológica, y podrán estudiar los clásicos factores externos de la enfermedad, los físicos, los químicos, los biológicas e, **inclusive**, los psicológicos, así como las diferentes condiciones fisiopatológicas internas en función de la personalidad global del paciente, **en función de la persona**, en términos de su **dinámica inconsciente**, persona con todo su pasado y presente, configurando la enfermedad, mera manifestación de la vida que reacciona a factores desfavorables.

Esa es la medicina que vendrá, hija, o si se quiere, nieta del psicoanálisis. Y que, estoy convencido, vendrá en un futuro cercano.

---

<sup>28</sup> Franz Alexander: **Aspectos psicológicos de la Medicina**. Rev. de Psicoanálisis, n° 1, vol. I, 1943.

Permítaseme, para terminar, volver a los últimos tiempos de la vida del querido maestro con quien tanto convivimos sin conocerlo personalmente.

Él, que varias veces se refirió a su deseo de dejar Viena y radicarse en Inglaterra, cuando el destino le reservó la suerte de buscar refugio en Londres donde la recepción fue tan acogedora, pocos meses después confesaba en carta a Eitingon:

“La sensación de triunfo por hallarme libre está demasiado mezclada a la de pena, porque siempre sentí inmenso carilla por la prisión de la cual acabo de salir”.

Referíase a Viena... En el fondo la amaba mucho, como también amaba la Medicina, a pesar de todos los resentimientos; como todos nosotros, por más resentidos que seamos, y por más reacciones que mostremos, en el fondo siempre ama-mas a nuestras madres. Con una diferencia, solamente, que por más que nos esforcemos para compensar esos resentimientos, jamás conseguimos dar a ellas lo que Freud dio a Viena y a la Medicina!